

esclamaba: *¡O Dduw! pa beth a wnoff?* ¡Oh Dios! ¿qué haré? Si, movido á compasion, el viajero bajaba hasta los peñascos para socorrer al infeliz que se ahogaba, era presa del Espíritu de las aguas. La rapidez con que actualmente se viaja no permite á nadie emplear su tiempo en escuchar los lamentos de los Espíritus: estos lo dan todo por dicho, y callan prudentemente.

De Beddgelert á Carnarvon pasó por cerca de la mina de Drws y Coed, que fue descubierta, segun se refiere, del modo siguiente: «Hace un siglo que un buhonero que atravesaba las montañas con sus pesadas alforjas, se tendió estenuado por el calor, en un lugar retirado y allí se quedó dormido. Despertóle un chasquido terrible, y dirigiéndose hácia el lugar en donde se habia hecho oír el estrépito, vió una grieta enorme, y halló, como si acabase de salir de la montaña, una sustancia metálica fuertemente impregnada de olor de azufre. Refirió su aventura; procedióse á practicar investigaciones y fue encontrada la mina.»

Segun las tradiciones del país, hay un medio seguro de descubrir las minas: basta al efecto, escuchar las advertencias de una tribu de espíritus subterráneos, llamados los *Golpeadores*, que conocen todas las riquezas metálicas de las montañas. Aunque no siempre debe uno fiarse incondicionalmente de ellos, porque se complacen en jugar malas pasadas,

los que siguen con atencion sus indicaciones nunca dejan de ser recompensados. Los labriegos de las inmediaciones de las minas aseguran que los oyen conversar entre sí, pero sin poder entender lo que dicen.

Algunas de las mas hermosas minas del país de Gales se cree han sido descubiertas por los *Golpeadores*, que muchas veces han guiado á los mineros hácia un rico filon. Oyeseles con frecuencia, y á centenares (asi lo dicen los campesinos) dar golpes con sus martillos; pero si los mineros que trabajan cerca de ellos se detienen para escucharlos, los Espíritus se detienen tambien, y no vuelven á su tarea sino con sus compañeros de trabajo.

Dejo á los espiritistas el placer de examinar las relaciones que existen entre estos antiguos genios de las montañas y los espíritus golpeadores modernos, que si no tienen el arte de descubrir, tienen algunas veces el de esplotar.

Despues de volver á Carnarvon, partí para Bangor y Conway, que ví á mi paso, y luego llegué á Chester, donde me despedí de la antigua tierra galesa y de aquella hermosa raza kymrica, cuya perseverancia y firmeza se pintan admirablemente en su altiva divisa: *Tra mor, Tra Briton*; «Mientras dure el mar, durará el breton.»

ALFREDO ENRRY.



M. Guinnard en traje de camino.

TRES AÑOS DE CAUTIVIDAD EN LA PATAGONIA,

POR M. A. GUINNARD.

1866.

Un niño de París en las pampas argentinas.—Causas que allí me condujeron.—Desencantos.—Vuelta hácia el Norte.—Viaje y pruebas en el desierto.—La crecida del torrente.—El cansancio, el frio, el hambre y la sed.—Conatos de suicidio.

En los primeros meses del año 1856, despues de visitar al sur de la Confederacion Argentina, á Cár-

men, sobre el rio Negro, y el fuerte Argentino, en el fondo de la Bahía Blanca, vagaba yo por entre los establecimientos de Buenos-Aires, diseminados aquí y allá á lo largo del rio Quequen, pocas veces trazado, y casi nunca mencionado en los mapas europeos

¿Qué motivos habian podido llevar á un niño pari-

siense á aquella estremidad del Nuevo Mundo? Pocas palabras me bastarán para darlos á conocer.

A imitación de los millares franceses que anualmente abandonan su patria para trasladarse á las orillas del Plata, pasé en 1655 á probar fortuna á Montevideo y Buenos-Aires, con el objeto de adquirir, á precio de los conocimientos prácticos que me habia procurado en París, en el comercio de esportacion, la seguridad de procurarme el pan cotidiano para mí, y algun desahogo á mi anciana madre. ¡Mas, ah! mis propósitos se vieron contrariados, así en Montevideo, donde encontré instalada una competencia demasiado poderosa para mí, como en Buenos-Aires, presa á la sazón de una de esas crisis revolucionarias que periódicamente lo agitan.

Propúseme entonces visitar los distritos fronterizos de las tribus indias, esperando hallar suerte mejor en aquel suelo menos frecuentado por los europeos; pero no fuí allí mas feliz que en las grandes ciudades que esplotan.

Habiendo, pues, recorrido en vano á Mulita, el Bragado, el Azul, el Tendil, Tapalquen y Quenquen-Grande, puntos importantes de la frontera argentina, habitados por numerosos colonos (*estancieros*), que se dedican á la cria y al tráfico de ganados, resolví, sin dejarme abatir por los desencantos y contratiempos, regresar á Rosario, donde, según me aseguraban, encontraría mas probabilidades de buen éxito.

Un italiano llamado Pedritto, descarriado como yo en aquel distrito perdido, me propuso acompañarme, y proyectamos atravesar la pampa, á fin de abreviar la distancia que nos era preciso atravesar.

Para reemplazar á los guías que no podíamos procurarnos, tracé un itinerario en un mapa, compré una brújula, y confiando en nuestras fuerzas y juventud, partimos á pie, llevando algunas provisiones de boca y caza. Bien sabíamos que muchas dificultades, y hasta muchos peligros, podían salirnos al encuentro; pero estábamos resueltos á arrostrarlo todo.

El 18 de mayo de 1856 nos pusimos en camino: esta época del año coincide con el principio del invierno en aquellas regiones. Una lluvia furiosa y un frio riguroso, cuya intensidad aumentaba el viento violento que sopla desde el fondo de la Patagonia, nos asaltaron al partir. Este mal tiempo duró cuatro dias, en los cuales no nos fue posible cazar ni encender lumbre, costándonos mucho trabajo mantener en buen estado nuestras armas, de las que dependia nuestra existencia. En la mañana del cuarto día cesó la lluvia y brilló un rayo de sol que reanimó nuestro abatido aliento; descansamos algunas horas y comimos el resto de nuestro pan mojado por la lluvia. Después de reparar nuestras fuerzas y estudiar nues-

tro itinerario, emprendimos de nuevo la marcha con el propósito de proporcionarnos alguna caza. No obstante, avanzábamos con mucha lentitud sobre un suelo enteramente empapado en agua, y la piel de nuestro calzado se resintió de tal manera de la humedad, que en la noche siguiente lo perdimos, siéndonos forzoso desde entonces arrostrar descalzos las rudas asperezas del suelo y la intensidad del frio.

En la mañana del día quinto, aunque la marcha nos fue tambien muy penosa, habíamos recorrido gran distancia, cuando encontramos un rio estrecho y profundo que corria por el fondo de un barranco pedregoso y cortado á pico. Gran trabajo nos costó bajar hasta la orilla del agua. El resto del día lo invertimos en buscar un paso para llegar á la orilla opuesta, y habíamos conseguido hallarlo cuando nos ocurrió la idea de aplazar para el siguiente día el vadearlo, porque la márgen en que nos hallábamos parecia mas á propósito que la otra para preservarnos del viento.

Proyectamos además abrir con nuestros cuchillos una gruta en el escarpado peñasco, para ponernos por completo al abrigo de la fria y húmeda temperatura de la noche, y llevamos nuestros ensayos hasta encender fuego en la gruta para sanearla. Este reducto parecia prometer á nuestros cuerpos quebrantados por el cansancio una noche deliciosa. ¡Mas ay! no siempre se piensa en todo. Dominados por la idea de procurarnos algun bienestar, no habíamos fijado la atención en la crecida de las aguas que habia ocurrido durante el día. No bien habíamos cerrado los párpados, nuestra gruta, invadida súbitamente por las encrespadas aguas, estuvo á punto de ser nuestro sepulcro. Apenas tuve mas tiempo que el preciso para despertar á mi compañero y coger mis armas para huir. Pero la fuga no fue fácil á dos hombres sorprendidos por el peligro en su primer sueño, obligados á abrirse paso por entre las aguas y las tinieblas, y precisados á servirse de sus cuchillos como de unos escalones para subir una escarpa que, azotada por la inundación, amenazaba á cada movimiento un poco brusco por parte de la misma, hundirse bajo sus plantas. La divina Providencia sin duda acudió en nuestro favor, y llegamos á la cima sanos, salvos y con nuestras armas. Todo se redujo á la pérdida de una parte de nuestra pólvora, de nuestras municiones y de algunos pequeños objetos de repuesto que nos fueron arrebatados por el torrente.

Aquella noche, bajo tan tristes auspicios empezada, terminó, sin embargo, conciliando un sueño profundo; y al despertar al día siguiente, no nos hubiera quedado del peligro que acababa de pasar sino un recuerdo mas propio para alentarnos que para abatirnos, á no habernos sido preciso esperar por espacio de dos dias, dos eternos dias de abstinencia absoluta

y de verdadera hambre, á que el descenso de las aguas nos permitiese vadear el rio.

Solo al tercer día intentamos esta operación, después de hacer un lío de nuestra ropa y de ponerlo sobre la cabeza; nadábamos con una mano, mientras con la otra procurábamos mantener nuestras escopetas fuera del agua, lo cual no era fácil empresa. La corriente, en extremo impetuosa, nos arrastró hasta un remolino donde estuvimos á punto de perecer; y cuando por último llegamos á la orilla opuesta, estábamos estenuados de fatiga y completamente desfallecidos. Preciso nos fue encender una buena hoguera para vivificar nuestros entorpecidos miembros, y secar nuestros efectos y armas. Si por una parte, estas dolorosas tentativas aumentaban nuestra confianza en nuestras fuerzas, y tambien nuestro desprecio á los peligros, por otra retrasaban nuestra marcha. Además, nuestros pies que chorreaban sangre, nos causaban terribles dolores; y esto tanto mas cuanto que ningun medio teníamos para preservarnos de la aspereza del suelo y del rigor del hielo.

A medio día tuvimos, no obstante, la buena suerte de matar una cierva que asamos sin perder momento; el hambre nos hizo delicioso este manjar, y de la piel del animal hicimos unas sandalias. Pero como este ténue calzado no podia resguardarnos de las piedras y las espinas, todo lo mas que nos conseguimos fue disminuir el efecto fatal que la intensidad del frio producía en nuestras llagas. Incapaces ya de acelerar el paso, resolvimos caminar día y noche, no concediendo á los imperiosos deberes del sueño y del hambre sino el tiempo que nos fuese absolutamente imposible robarles. A pesar de este cálculo económico, nuestras provisiones se agotaron pronto, sin que nos fuese posible reemplazarlas.

Habíamos entrado en un *campo* ó espacio de las pampas, donde ningun vestigio de animales, ni siquiera de vegetación se descubria. El terreno, de naturaleza calcárea y salitrosa, era completamente estéril, y trascurrió todo aquel día sin dejarnos entrever cosa alguna que pudiese aplacar nuestra hambre y sed.

Cerró la noche, y no encontrando abrigo, nos vimos precisados á tendernos, ateridos de frio, sobre el suelo cubierto de escarcha. Habiendo aumentado el hambre y la sed al día siguiente, no tardamos en sentirnos indispuestos y abrumados de tristeza. Cuando de nuevo llegó la noche, no nos trajo las dulzuras del sueño, y permanecimos con los ojos abiertos en el desierto, y con el pensamiento fijo en nuestra deplorable situación. Al día siguiente, tercero de nuestro ayuno, la prueba fue aun mas terrible; el delirio nos dominaba, y nuestra lenta marcha era interrumpida con frecuencia por el cansancio; la sed nos devoraba hasta tal punto, que á falta de agua nos vi-

mos en la necesidad de recurrir, para calmarla un tanto, al extremo y repugnante medio de que hablan muchas descripciones de naufragios. Cediendo al hambre, comimos yerba y raices para nosotros desconocidas, y cuyo sabor era repugnante.

La noche volvió á suceder al día, y el único alivio que pudimos aplicar á nuestros padecimientos fue un débil fuego alimentado por algunas espinas penosamente recogidas en el suelo de la pampa. Sentados tristemente alrededor de nuestra pobre hoguera, demasiado débiles para soportar por mas tiempo los tormentos del hambre, y abandonados de toda esperanza, mi compañero y yo empezábamos á sentir la terrible tentación de poner término á nuestros dolores. Preparábamos ya nuestras armas al efecto, cuando nos asaltó para colmo de amargura, el recuerdo del hogar doméstico y de los seres queridos que ya no esperábamos volver á ver. Estos recuerdos nos hicieron elevar nuestra alma á Dios; y la invocación de su santo nombre, hecha á la par en alta voz, reanimó nuestro desfallecido aliento. El letargo sucedió á la desesperación, y aquella noche conciliamos el sueño.

El estanque.—El puma ó cuguar.—La brújula se deteriora, y tristes consecuencias de este contratiempo.—Encuentro de indios.—Combate.—Muerte de mi compañero.—Mi cautiverio.—El nuevo Mazzepa.—Mi esclavitud.

Nuestro despertar fue menos triste que en los dias anteriores; nos sentimos menos débiles, pero nuestras piernas fatigadas no nos permitían caminar sino muy despacio; marchábamos, sin embargo, aguijoneados por la necesidad de hallar alimento, cuando tuvimos la dicha de observar un cambio en la naturaleza del suelo: arenoso desde allí, y cubierto como de un manto de yerbas altas (en indio *hoñny*), que por lo regular se encuentran en las márgenes de los estanques, causaba menos dolores á nuestros ensangrentados pies. Un poco mas allá llegamos á un estanque donde pudimos aplacar nuestra ardiente sed. Gran triunfo fue éste; pero á tan buen hallazgo nos era preciso añadir el del alimento, pues sin él, el agua que tanto nos habia consolado hubiera hecho mas insoportable la impresión del hambre. Así, pues, mi compañero y yo empezamos á recorrer las inmediaciones del estanque, tomando cada uno opuesta dirección. No habiendo tenido resultado alguno esta primera exploración, regresaba desalentado, cuando habiéndome hecho volver la cabeza un súbito movimiento que oí á mi espalda, ví á un puma que me acechaba. Aunque el citado animal en nada se parece, en cuanto á su corpulencia y aspecto, al león de Africa, cuyo nombre le han puesto los americanos, mi primera impresión fue la del temor, pero mi segundo impulso fue descerrajarle un tiro, que recibió

en el pecho. Enfurecido por su herida arrastró, se hacía mí; mas, por fortuna faltaronle las fuerzas, y me fue fácil rematarlo con mi cuchillo.

Al oír la detonación acudió mi compañero, y pocos momentos después, acurrucados al rededor de una hoguera de malezas, en la cual tostamos ligeramente, mas bien que asamos, los pedazos del puma, nos hartamos vorazmente de aquella carne, á la vez grasa y coriácea, que nos pareció exquisita. Después de tantas fatigas y privaciones juzgamos indispensable el descanso de uno ó dos días; y como el sitio en que nos hallábamos nos pareció á propósito para ello, en



M. Guinnard arrebatado por los salvajes.

habíamos vencido las anteriores desdichas, porque vino sobre nosotros la mas cruel de todas. Nuestra brújula, objeto tan precioso para nosotros, se había deteriorado en las aguas del río en donde estuvimos á punto de perecer; y desde entonces, por una extraña fatalidad, no lo habíamos advertido, y á la sazón era demasiado tarde para remediar tan grave mal. Imposible nos era no reconocer, por la mera inspección de nuestro itinerario, que habíamos equivocado el camino, y que, en vez de costear el territorio indio, nos habíamos alejado de él completamente.

Esta triste seguridad nos abrumó de pena. Intentamos, no obstante, cambiar de dirección, acercándonos á las montañas que á lo lejos descubríamos, pues nos prometíamos encontrar en ellas mas seguridad; y tuvimos la dicha de llegar á ellas antes que el tiempo, que desde aquella mañana se presentaba amenazador, se convirtiese en tempestuoso, y para construirnos en un ribazo un reducto con las muchas piedras planas de que en aquel lugar estaba cubierto el suelo. Sitiados allí durante cuarenta y ocho horas por una horrorosa tormenta, nos mantuvimos como embutidos, con algunas provisiones

él hicimos alto. Merced al espesor y á la abundancia de las yerbas, nos fue fácil procurarnos un abrigo y un lecho mas cómodo que la tierra helada. La fiebre nos abandonó al segundo día; pero el estado de nuestros pies era cada vez peor, y no podíamos ponerlos en el suelo sin que nos pareciese que pisábamos vidrios rotos. A pesar de esto, volvimos á emprender nuestra marcha, y caminamos tres días mas, en los cuales tuvimos la fortuna de matar una liebre y un gamo.

Pero estaba escrito que habíamos de vernos afligidos por todo género de tribulaciones; en vano, pues

producto de nuestras últimas cacerías, sin poder salir, porque desde todas las pedregosas pendientes que nos rodeaban, la lluvia y las ráfagas de viento hacían desplomarse verdaderos aludes de piedra. Una vez disipada la borrasca, encontramos materiales para una buena hoguera en las muchas espinas que erizaban el suelo, pero todas presentaban señales de haber servido para el mismo objeto. Esto era para nosotros una evidente prueba de que los indios no estaban lejos de allí, pues sabíamos que acostumbran incendiar los campos que abandonan.

Antes de seguir la nueva dirección que habíamos emprendido, era urgente renovar nuestras provisiones de camino, y por lo tanto, entrar en la llanura, en la que multitud de gamas se pavoneaban al sol de la mañana. Muchas, alcanzadas ligeramente por nuestras armas, lograron escaparse merced á la distancia y á su agilidad, y solo una, herida por dos tiros, nos pareció imposibilitada para huir á larga distancia, por lo que nos lanzamos tras ella con el ahinco que permitía la debilidad de nuestras piernas. Ya su carrera se debilitaba visiblemente, y la esperanza de apoderarnos de ella crecía por momentos en nosotros, cuando de improviso, al dar la vuelta á una



M. Guinnard y su compañero atacados por los patagones, salvajes de la tribu de los Poyuches.